

OLIVOS

Doscientos cuarenta hombres tuvimos que competir con más de dos mil de todas armas; y á pesar de mi buen deseo, á lo mejor me vi acorralado y perdido sin remedio. Me adelanté más de la cuenta y un grupo de la guardia municipal de México me derribó de mi caballo, que estaba muy mal herido... Me llevaron ante el Emperador, que estaba á pocos pasos de allí y que alabó mi bravura... «Peleasteis como un león, me dijo, y seréis tratado como corresponde á vuestro grado y á vuestro valor... Pero, calla, añadió el Archiduque, estáis herido y según parece de cierta gravedad; id á curaros y perded cuidado, que los imperialistas victoriosos son tan humanos como los imperialistas derrotados»... La suerte me proporcionó el desquite, pues tuve oportunidad de ver cómo corrían los contrarios seguidos por los soldados de Rocha y de Naranjo, por el batallón de Supremos Poderes y por la caballería de Parras y San Luis... Mis compañeros Juan Doria, Emiliano Laín, Miguel Villanueva y Manuel Loera conquistaron los laureles que á mí me correspondían, y cuando salí del hospital, ocho días después de la jornada, recibí mi despacho de coronel efectivo...

ESCENA UNDÉCIMA

Los mismos, JOSEFINA UBIARCO; después dos enfermos del hospital.

HANS

Allí viene la señora Ubiarco, primera dama de la Emperatriz y encerrada en Querétaro por algo que yo llamaría caballerosidad si se tratara de un hombre; pero que hablándose de una mujer apellidaré sólo romanticismo y deseo de aliviar penas extrañas.

OLIVOS

¿Cómo dijo usted que se llamaba esa señora?

HANS

Doña Josefina Fernández de Ubiarco y Alvarez de Bracamonte, mujer que ha corrido más aventuras que Artagnan y los tres mosqueteros reunidos.



OLIVOS

(Para sí.)

La habría reconocido entre mil. La maldita sigue lo mismo que siempre, pues no pasa día por ella... Nadie diría que cuenta sus sesenta primaveras... quizás sesenta no, pero cerca le anda... Vale Dios que no me reconocerá aunque lo pretenda, pues de seguro que no sabe que estoy prisionero...

HANS

(Galante y hablando á la señora que se resbala y cae al suelo; el subteniente la ayuda á ponerse en pie.)

Permitid que sea el fiero Atlante que sostenga ese firmamento de belleza, y el satélite que gire al rededor de ese astro esplendente.

JOSEFINA

Metafísico estáis...

HANS

Es que no como...

JOSEFINA

Veo que hacéis grandes progresos en el idioma español. Cuando os conocí en Michoacán, decíais en caste-

llano más solecismos que tiene átomos la luna; ahora os encuentro hecho un culto y diciendo más primores que un personaje de ópera.

HANS

Señora...

JOSEFINA

Ahora vengo á visitar hospitales. Su Majestad el Emperador me ha nombrado Presidenta de ese círculo de damas destinado á cuidar de los heridos y á mejorar su situación... ¿Queréis entrar en mi compañía á ver si hacéis un poco de bien á esos infelices?

BRAMBILA

(Cortés y obsequioso: se conoce que la veterana le ha hecho tilín y que siente removidos sus viejos ímpetus de batallador.)

Señora, sería arrostrar demasiados peligros: luchar con la sonrisa de usted y con sus ojos, y luego tener que desafiar al tifo y á la septicemia de hospitales.

JOSEFINA

(Sin parar mientes en el piropo.)

La septicemia... ¡vaya que nos está dando que hacer la dichosa dolencia esa, que yo no conocía ni aun de nom-

bre!... Ya daba por sano al pobre coronel Farquet, que había recibido un balazo en la rodilla derecha; hoy por la mañana pasé por la iglesia de la Congregación, vi luces y la guardia de Su Majestad, oí cancamurria de gorigori y sentí curiosidad de entrar: había un ataúd en el centro del templo, asistían á las exequias todos los generales de la plaza y pregunté quién era el difunto: era el pobre Farquet, que, menos feliz que nosotros, deja en el mundo dos niños recién nacidos al cuidado de Miguel Miramón, pues la madre murió hace poco en San Luis: al marido y á la mujer les había matado la septicemia esa... ¿Conque no quieren ustedes entrar, usted, Hans, usted, señor Brambila, usted, señor?... Mentira parece que tres bizzros militares... Con permiso de ustedes.

(Entra al hospital.)

(Gran sala de hospital, con camas de uno y otro lado; hermanas de la caridad, enfermeros, guardias. Los heridos están echados en camaranchones sin colchas y sin mantas. Apenas se advierte uno que otro lamento que interrumpe la quietud de la sala. Atardece.)

JOSEFINA

(Se acerca á un lecho en que yace un enfermo que tiene cubierto el rostro con un zarape burdo: el pobre parece difunto.)

Vamos, buen hombre, ¿usted fué quien manifestó deseos de hablarme?



... ¿usted fué quien manifestó deseos de hablarme?

LUIS QUIROZ

(Que parece despertar de un sueño y que con dificultad se da cuenta de la presencia de una persona extraña.)

¿Habla usted conmigo?

JOSEFINA

Con usted hablo y celebraría serle de alguna utilidad en su situación; soy Josefina Fernández de Ubiarco, Presidenta de la Sociedad de la visita de hospitales, y cuento con algunos elementos para servir á los pobres que lo necesiten.

QUIROZ

Nada necesito, nada tengo que pedir; quiero sólo que me dejen morir en paz...

JOSEFINA

Perdone usted, yo creía que algo deseaba, supuesto que solicitó mi presencia...

QUIROZ

Yo... no soy quien soy... soy lo que no parezco... yo me llamo... soy lo que no parezco; parezco lo que no soy...

JOSEFINA

(Compadecida y segura de que el enfermo sufre delirio causado por la fiebre ó por la peste de tifus:)

Otra vez será; seréne usted, que tiempo ha de sobrar para que hablemos.

QUIROZ

Soy lo que no parezco; parezco lo que no soy...

JOSEFINA

(Da órdenes y aparece un criado que trae una vela de sebo en una palmatoria.)

¡Jesús, hijo de David, qué figura de hombre! Parece el Cristo de Velázquez. Esos ojos tornados en blanco han visto ya las claridades sidéreas; esa nariz afilada como una hoja de puñal recuerda á los ajusticiados que han sufrido la decapitación... Es el tipo de la belleza masculina... ¿Quién será? Esa barba nazarena, esos ojos de un azul cobarde y tembloroso, que parece el fondo de un lago en que ha caído un guijarro, esas manos espatuladas, esa voz varonil y dulce, esclavas son, son polacas... ¿Cómo me convenceré?

(Dirigiéndose al enfermo.)

¿Por acaso es usted polaco? ¿Peleaba al lado del Emperador, ó con sus enemigos?

(El enfermo no responde; entona una canción sin sentido, á ratos se ríe, llora á ratos.)

¡Y pensar que en este mozo estaba mi porvenir! Yo le habría amado como su madre, como su hermana, como su esposa mística é ideal... Pero soy como don Juan Tenorio; estoy condenada á ver pasar mi entierro sin poder siquiera saber si el capitán me mató á la puerta de mi casa...

(Recapitando.)

Josefina, que te vas del seguro, que te pierdes, que empiezas á desbarrar; ten cuidado, que un desvarío á tus años...

(Se retira llevándose la vela en la mano; la luz le ilumina el rostro, dejando ver la faz estragada, pero de una gran belleza. De repente vuelve la cabeza despavorida, pues le parece oír una voz que la llama; como se convence de que en realidad alguien la ha hablado, anda apresuradamente el espacio que la separa de la puerta. Oye otra vez «Josefina, Josefina», y se vuelve sin vacilar á un lecho de donde le parece que salió la voz y del cual se escapa un gran olor á podredumbre.)

¿Quién me llama?

LA VOZ

Yo, Josefina.

JOSEFINA

¿Me conoce usted por acaso?

LA VOZ

(Con relativa tranquilidad.)

Sí, te conozco, como que me has querido... Me has querido un poco.



JOSEFINA

(Que piensa deliran cuantos están en aquella sala, cree haber perdido también la cabeza y empieza á vacilar sobre si estará cuerda ó loca.)

Yo... yo le conozco á usted... no recuerdo... no tengo presente... dice usted que yo...

LA VOZ

¡Qué horrible y qué cambiado debo de estar para que ni siquiera me conozcas tú, Josefina! Soy Lapierre, tu amante, tu amigo, tu...

JOSEFINA

(Horrorizada y volviendo el rostro.)

Usted desvaría, usted está enfermo, herido, y dice lo que le...

LAPIERRE

¡Ojalá que estuviera sólo enfermo, delirante, herido!... Mira el estado en que me hallo, mira mi situación... yo soy aquel gallardo Lapierre por quien perdiste la cabeza; yo soy aquel que tan mal te pagó; yo soy quien recibió la mayor lección de cristiandad que pueda darse á un humano... Hace tiempo que me atacó la elefantíasis, hace más de un año que soy un monstruo de asco y de podredumbre. Mírame las piernas; parecen dos tizones por lo ardientes, dos maderos puestos al fuego por lo deformes y por lo horribles... Mira mi cara, mira mis manos, oye mi voz... ya no tengo pelo en la cabeza, ya no tengo dedo cabal en mis pies y manos, ya no tengo figura... ¡qué horrible debo de estar! ¡cómo debo de causar asco á los

otros cuando me le causo á mí mismo!... ¿Te acuerdas de la entrada del Emperador? Yo, galán, enamorado, satisfecho, deseoso de conquistarte; tú, bella, graciosa, elegante; más tarde te fuiste á recorrer Michoacán, á buscar la huella del dinero que ambicionabas... Te falté, no lo niego ni lo quiero negar; que otros me acusen y me juzguen, que yo dispuesto estoy á sufrir sus reproches; pero déjame pensar que no me acusas tú, á pesar de todo el mal que te he hecho...

(Viendo que Josefina llora, el horrible monstruo se incorpora y trata de alzar la voz; al sentir que está casi áfono vuelve á echarse en la almohada y llora desconsolado.)

Muchas veces he pensado que yo soy la figura del imperio de Maximiliano; parecía tan guapo, tan boyante, tan dichoso, y en el interior ocultaba la podredumbre que me había de acabar, que nos había de acabar... No llores, Josefina, que todavía puedes prestarme un servicio, prestarle un servicio á tu hija... Sé que está prisionero el marido de Génie y que vive seguro de que su mujer le ha sido infiel: búscale y tráemele para que yo le diga, para que yo le explique... criatura de elección, criatura ideal, criatura hecha con la miel de todas las ternuras... Ella me atendió en Sinaloa, ella me ocultó de la furia de los republicanos, ella me dió de comer y me ayúdó de cuantas maneras pudo... y por no denunciarte ante su marido, por no hacerle saber que eras capaz de tener un

amante, ha tolerado que se crea que yo lo he sido suyo y ha dejado á su esposo con sus inicuos celos... Busca, busca pronto á ese hombre y yo te prometo satisfacerle en un minuto...

JOSEFINA

¿Y tu viaje, y tu matrimonio, y tu escapatoria?

LA VOZ

No ha habido tal viaje, Josefina; mi matrimonio y mi escapatoria son el gran crimen de mi vida... la desgraciada Nieves murió al dar á luz á un niño; yo pedí mi pase á Occidente y allá sufrí los primeros ataques de este mal que no tardará en matarme... Dios es justo... Acabo con el imperio de mi pobre amo...

JOSEFINA

(Saliendo del ensimismamiento en que se encontraba.)

Ignoraba que estuviera aquí mi yerno y más ignoraba que estuviera de monos con su mujer... ¡Qué cosas, Señor, qué cosas!... Es para volverse loca...